

# CRONICA LITERARIA

por <sup>764.293</sup> Ricardo Satcham

Domingo 1.º de Agosto de 1948.-

## OBRAS POÉTICAS, Por Eusebio Lillo (Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, 1948)

EN 1923 se hizo la primera recopilación de las poesías de don Eusebio Lillo y Robles, cuyo texto presentaba serios defectos, aparte de no ser un trabajo acucioso, que reuniera la totalidad de la producción conocida del autor de la *Canción Nacional*. Ahora, con motivo del centenario de ésta, la Sociedad de Escritores de Chile ha editado las *Obras Poéticas* del popular lírico. La recopilación y el prólogo han estado a cargo de don Raúl Silva Castro, conocido bibliógrafo y funcionario de la Biblioteca Nacional. No merece ningún reproche el esfuerzo desplegado por el minucioso investigador, pues él ha sabido escudriñar en revistas y periódicos hasta encontrar lo que faltaba para formarse una idea categórica del estro romántico del señor Lillo. El prólogo es una ordenada biografía del poeta, sin alcanzar al terreno crítico, por la brevedad, aunque al final unas cuantas notas sirven para ubicar en el tiempo las composiciones ahora rescatadas al olvido.

Bastante se escribió en el siglo XIX acerca de las facultades literarias, un tanto repentistas, del señor Lillo, y su reducida producción fué estudiada por don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, por J. M. Torres Caicedo, por Pedro Pablo Figueroa y otros escritores. En estos últimos años, sólo ha merecido la atención de don Rafael Ossandón y González, quien la ha hecho objeto de un erudito análisis. Las nuevas generaciones desconocen, pues, al simpático personaje que ahora revive en este montón de páginas, algo ingenuas, no siempre correctas y, a menudo, abrumadoras.

Cuando escribía el señor Lillo, imperaba aquí el romanticismo, con todos sus derivados, verbales y políticos. Había nacido esta es-



Eusebio Lillo

cuela como heredera del mundo neoclásico, cuya admiración al progreso humano se transparenta menos en Lillo que en sus contemporáneos Guillermo Matta, Pedro Nolasco Préndez y Eduardo de la Barra.

Don Eusebio Lillo era una especie de bardo de tono menor, como se diría hoy. La influencia de Zorrilla se asoma muchas veces, en sus estrofas, sobre todo en aquellas, incluidas al final del volumen, que por su longitud merecen el apelativo tradicional de poemas, como son los *Recuerdos del Proscrito* y *Loco de amor*, que trae el subtítulo

de *Leyenda nacional*. La primera composición es de las más celebradas del señor Lillo, y la segunda nos parece inferior a su capacidad narrativa, más ponderada por la crítica que real.

Nuestro parnaso del siglo pasado no tuvo gran originalidad, aún en sus más vigorosas o lozanas muestras. Vivía de prestado, se alimentaba de trops y temas españoles, franceses, ingleses o alemanes. Miró muy de paso hacia la naturaleza, recogiendo los ecos de Rousseau, de Chateaubriand, de Saint Pierre, pero confundió, a menudo, sus bellezas con las flo-

res artificiales o las metáforas trasplantadas. Esto se percibe pronto en Lillo, que no se emociona, sino por excepción con el campo, por más que lo mira, sin extraerle sus imágenes genuinas, menos valiosas, para él, que los convencionales valores con que lo adorna. Llega a sorprender la afirmación de ciertos críticos que hablan de su sentimiento del paisaje.

El romántico y, sobre todo, Lillo, adornaban a la mujer con todos los tópicos más socorridos en un período de literatura refleja. El aura aparece mucho, como recurso poético, en Lillo, y por lo menos cuarenta veces la hallamos en sus poemas, sirviendo de punto de apoyo para dispares versos, de idéntico significado.

Aura murmuradora  
De sueltas alas

Flor, aura, sol de fuego,  
Límpida fuente,  
Lo que tenéis de bello  
Quiere mi mente.

Y en tanto el aura que en tu  
(frente oreo

Y entonces al son del aura

Deja que el aura tranquila

Siempre las auras del placer  
(te mecen;

Lo mismo sucedía con los pensiles, con el céfiro, con las flores, con el hechizo, con el arrullo y la natura, que para el poeta de entonces refleja lo más sublime que puede evocar su mente.

Se ha observado que don Eusebio Lillo fué el cantor del amor y de las flores. Evoca siempre a una amada, a la cual, siguiendo a los neoclásicos, alude bajo el nombre de Belisa (Ver el poema No me

# ACCIÓN

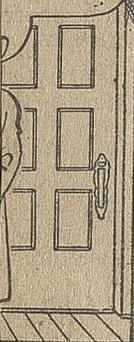
olvidos), la toma de pre-  
texto para representar esta-  
dos de ánimo, sentimentales  
o pesimistas.

Sin embargo, este pesimis-  
mo es muy esporádico en el  
cantor de las glorias patrias.

RACY, ESTOY VENDIÉN-  
TODO.



EL HOM-  
TE DEL  
TER-  
N DESA-



AÚN  
EBIL...  
EBIL  
AR...



Su carácter era benévolo y,  
en sus últimos años, se reco-  
gió un poco dentro de una  
relativa postura escéptica.

En el fondo, nos parece más  
bien un amable epicúreo, un  
hombre simpático, de mode-  
rado vuelo artístico, inspira-  
do en ciertas descripciones y  
en escasos instantes de aban-  
dono genuino, cuando su co-  
razón le dictó sus arrebatados  
acentos. No sabemos si el se-  
ñor Lillo calificó intimamente  
su labor poética de hojarasca  
y humo, como lo hizo, antes de  
morir, don José Zorrilla, el  
cual salvaba de ese desdén  
sólo sus leyendas "Margarita  
la Tornera", "El Cristo de la  
Vega" y "El Capitán Monto-  
ya", los dos primeros actos  
de "Traidor, inconfeso y már-  
tir", y algún otro fragmento  
lírico o dramático. Lo con-  
creto es que el poeta incor-  
porado al sentimentalismo  
chileno por las sonoras es-  
trofas de la Canción Nacio-  
nal, no hizo ningún esfuerzo  
por recoger en vida sus dis-  
persas producciones poéticas.

El pulcro volumen editado  
por la Sociedad de Escritores  
de Chile confirma, pues, lo  
ya expresado hace muchos  
años por los críticos del país.  
El autor de *Loco de amor* pu-  
do haber dejado una obra  
más valiosa y que hubiera  
merecido mayores elogios si  
la somete previamente a un  
estudio severo y a un puli-  
miento que no hallamos aún  
en sus más recomendables  
cuadro líricos. Careció de  
unidad en el plan de sus poe-  
mas largos, algo farragosos,  
no poseía facultades para  
animar una escena teatral y,  
en cambio, lograba componer  
arabescos sentimentales o  
paisajísticos agradables, de



—No siempre.

—¿Jaleski es ambicioso?

—Lo ha sido. Hijo de una  
familia humilde de Varsovia,  
quiso estudiar, a costa de  
cualquiera cosa. Después de  
seguir dos cursos en la Uni-  
versidad de Nancy, tuvo que  
abandonar los estudios por  
falta de recursos y resignar-  
se a su papel de ayudante.  
En realidad, hubiera podido